

CONTESTACIÓN
DE
DON JOSÉ NÚÑEZ DE CÁCERES

Señores:

Si no me engaña una memoria que el influjo progresivo de los años ha conducido lentamente a su decadencia natural, recuerdo haber dicho en una ocasión lejana, y permítaseme repetirlo en la presente, que ha sido costumbre de algunos oradores comenzar sus discursos excusándose ante la autoridad de los que les precedieron en la tribuna, o por lo desautorizado de su palabra. De lo primero no tienen la culpa; en lo segundo son responsables desde el momento en que siendo jueces de sí mismos incurrían en una modestia sospechosa.

Yo quiero separarme de esa costumbre o forma convencional, porque lejos de pedir doy mis excusas en primer lugar al ilustrado auditorio por la censura que hará sin duda de lo que voy a decir y de la forma en que lo voy a exponer; censura de que me consolará la esperanza en la verdad a que me atengo, porque siendo lo único que podéis esperar de mí, creo que no me abandonará del todo en este instante.

Excuso también a mis bondadosos colegas por haber defraudado al público de sus derechos a un nuevo placer que hoy ha debido repetirse, y de su autoridad para aplaudir una palabra más simpática o más de acuerdo con sus ideas y sentimientos.

En efecto; mis colegas contando en la Academia veteranos de la palabra seductora, árbitros de la idea convincente y hábiles artífices de la forma galana, oirán, no las disculpas, sino los cargos de los jueces por haberme antepuesto a quienes mi propio decoro y delicadeza de ellos me prohíben nombrar. Pero ya que han tenido la indulgente cortesía de elegirme para servirles de vocero, yo los defenderé con las armas de la gratitud, porque acaso ellos han tenido la intención de consolar a un viejo compañero, creyendo hacerlo olvidar de la insuficiencia que lo aparta del merecimiento en la elección.

¡Señores! vacante el sillón que en la Academia Nacional de la Historia ocupaba nuestro estimado colega, el distinguido hombre de letras, señor Don Vicente Coronado, esta honorable corporación ha elegido por unanimidad de votos al señor Doctor Rafael Villavicencio para ocuparlo y a mí para contestar el brillante discurso cuya lectura acabamos de oír.

La Academia, ha sido, no digo acertada, porque se acierta en un punto a que uno se dirige con el cuidado de no errar; ha sido justiciera porque sabedora del mérito ha sabido también acatarlo nombrando sin titubear al Doctor Villavicencio con distinguida satisfacción.

Demuestra tal justicia un ciudadano a quien en medio de sus dulces Lares y honrosos Penates, adornan las prendas del alma, del intelecto y del corazón: como hombre de esos talentos y de esa ciencia conquistada con afanes en los bancos del aula y con la manzana de las vigiquias aristotélicas, y que por sólida no ha necesitado cubrirlas con el diáfano velo de las reputaciones usurpadas. Uno de esos hombres a quienes los laureles del triunfo pudieran un día brindarles con el clarín de la Fama los beneficios de la inmortalidad, puesto que en ella vivirán tanto los campeones de Roma y Cartago, como los discípulos de Atenas y Corinto.

Con ese rocío que recibe el alma en el amor al prójimo y que es una bendición del cielo que no alcanzan los infelices a quienes roe el corazón esa nefanda tristeza del bien ajeno, voy a enumerar algunos de los justos títulos y merecimientos del Doctor Villavicencio, y aunque su modestia es tal que estoy seguro de mortificársela, debo hacerlo por fórmula ineludible, y no porque crea que alguno de nosotros los ignore.

El Doctor Villavicencio, obrero incansable de Minerva es un maestro docto a quien los jóvenes deben tanto, que creo difícil hallar entre ellos un solo Judas. Instruido sin ostentación, con talento sin vanidad, es un caballero afable con todos, y con sus amigos, a quienes obsequia sin importunas o afectadas atenciones. De modales cultos, su conversación entretiene sin fatigar al que la escucha y su modestia, inconsciente de su propio valer, presta mayor realce a sus facultades, reuniendo en su persona cuantas dotes se necesitan para brillar en diferentes esferas.¹

Largo sería enumerar los trabajos que el Doctor Villavicencio ha llevado a cabo en servicio de la Patria y en honra de ella y de él. Si lo mencionado no bastara, él mismo se ha encargado de justificar la elección del Cuerpo con el notable trabajo a que hoy me refiero. Si el público y la Academia ignoraran sus decoros y fuera su único título el mencionado trabajo, sería esto sólo su más elocuente abogado, su mejor padrino para que la Academia lo recibiese en su seno con las efusiones de la bienvenida. Nuestro orador muestra en él con gala espléndida sus conocimientos en la historia patria, a la vez que a su recto criterio para juzgar los acontecimientos a la luz de los principios establecidos por la sociología moderna, une el esplendor que a toda obra de esta especie comunica la belleza de las formas literarias.

La suprema ley de la evolución del universo aplicada a la evolución política y social de Venezuela es, según he entendido, el tema del discurso que vengo a contestar.

La voz secreta del *nosce te ipsum* habría bastado para reducirme al silencio de la modestia; pero un sentimiento aún más poderoso, que el de mi propia imparcialidad para juzgarme, determinó mi obediencia a las órdenes de mis colegas; y fue este sentimiento el deseo de servir, sea con mis escasas fuerzas, a la Academia, a cuya dirección me he sometido con la conciencia de mi debilidad.

Señores: ya que me he resuelto a contestar el discurso tan elevado de nuestro nuevo colega, comienzo suponiendo que vamos a remontarnos con la imaginación hasta ese sublime alcázar del Todopoderoso, a cuyas misteriosas poternas el genio del cálculo y los números se atrevió a aplicar su primera escala de ataque. Tras las huellas de los terrestres invasores, sigue el denodado pensamiento del orador.

Si a nuestra vez le seguimos para oírle, volemós cual si fuese en alas del Hipógrifo de Astolfo, que al fin será en la ciencia humana el Clavileño de nuestros ideales imposibles; porque ni al monte imaginario de San Juan llegará jamás la perfección de nuestros descubrimientos para sorprender a Dios infragante en la alteza de sus designios.

Al considerar la evolución con los ojos de la inteligencia, atravesando los cristales del telescopio, diremos, siempre siguiendo la mente del orador, que ella es la vida del

¹ En la Plenipotencia de Centro América que le confió el Gobierno del Doctor Andueza Palacio se condujo con notoria lucidez y mayor crédito para Venezuela. Laureado con medallas de oro por la Universidad de Caracas y con la de igual clase por la Facultad de Ciencias Médicas y del Instituto de Ciencias Sociales; condecorado con la medalla del Busto de Bolívar y con la de Instrucción Pública. Miembro de la Sociedad Médico-Quirúrgica de Caracas, fue presidente de la Sociedad Escuela Médica y del Instituto de Ciencias Sociales. Primer Secretario de la Sociedad de Ciencias Físicas; Socio Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Es miembro de la Sociedad Geográfica de Londres y de la Real Sociedad Histórica de la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales de Filadelfia. Honorario de la Trinity Historical Society en Dallax. Fue Presidente de la Comisión de Historia Patria creada en 1879 que compusieron él y los señores Arístides Rojas y Eduardo Blanco. Ha desempeñado en la Universidad y en distintos Institutos de Caracas y otros puntos de Venezuela las Cátedras de Física, Fisiología, Patología General Interna, de Historia Universal, de Gramática y otras materias. Ha ejercido su profesión de Médico Cirujano en Maracaybo, Puerto Rico, St. Thomas, Valencia, Estados Unidos y en Caracas. Fue Ministro de Fomento y luego Ministro de Instrucción Pública. Redactor en el Código de Instrucción Pública, Vocal de la Alta Corte Federal, Senador, Rector de la Universidad. Ha escrito sobre diferentes materias, entre ellas el trabajo notable que fue premiado en el certamen de 1877, titulado "Bolívar, Vargas, Cagigal".

universo marchando eternamente con la innumerable falange de los seres; pero de ninguna manera posible, a mi limitado alcance en sentido del progreso continuo de la humanidad, sino progresiva, sin duda, en obediencia a las tendencias de esas armonías providenciales, cuyos fines no comprendemos ni comprenderemos nunca, porque ellas son del dominio de lo infinito que es Dios, la única verdadera grandeza y perfecta sabiduría que existen, porque son ilimitadas.

De esas evoluciones sólo comprendemos que ellas abarcan innumerables sistemas de mundos, muchos de los cuales al cómputo de las ciencias exactas son millones de veces mayores que este átomo enfermizo, *Citá Dolente* de la *Divitate Dei*; cuerpos de relativa insignificancia donde habita una familia tan escasa que bien puede servirle de parangón al aristocrático numeral de los Cresos que la dominan de continente a continente con la soberbia de la esterlina: población casi en su totalidad aún refractaria a la doctrina de Cristo, y por consiguiente apenas si una tercera parte es digna de representar la entendida cultura del hombre y de ser merecedor de esa felicidad, ofrecida a los adoradores del verdadero Dios que le envió su Salvador

No aceptando la profecía de los sociólogos acerca de la perfección progresiva de la humanidad, y que contradice la mente ya atribuida a las evoluciones del Universo, nuestro mundo está condenado a desaparecer, si es dado hablar así, en la eternidad relativa; porque si nos consideramos comprendidos en la absoluta nada nos da una idea más gráfica para aterrar a los que admiten la continuidad de vida y perfección del planeta que las palabras de un ministro, quien para comparar la grandeza de Dios con la de la eternidad nos dice: Queréis tener una idea muy limitada de lo eterno? pues figuraos un globo de diamante, que no admite fricción, setecientos cuatrillones de veces más grande que la órbita de Urano; y un arador indestructible rodeándolo sin cesar a pasos duraderos de mil siglos. Con los tiempos, el globo reducido a menudo polvo por el roce del arador desaparecería en el espacio... y aún no o el primer paso hacia la eternidad.

Y yo sin necesitar ese recurso que dio al padre Villanueva la tonsura, afirmo con mis creencias religiosas que en esa eternidad y más que en ella, el principio y el fin inconcebibles, allí está el Supremo Legislador de las evoluciones; y a allí no entrará nunca en triunfo nuestra ciencia con el orgullo satánico de la halagadora.

Al considerar los mundos siderales en la evolución, una de dos, o están desiertos o están poblados. Si lo primero: entonces con esa misma razón que infundió al hombre el soplo del Edén y que es un destello de la Providencia, no erramos en declarar que el universo y sus evoluciones no ejercen otro ministerio que el que ejercerían billones de océanos en aplacar la sed de un Tántalo imperceptible; y al considerarnos también los únicos habitantes del espacio, ya que el mismo padre Secchi al final de su admirable sol nos permite hablar así, calumniaríamos a Dios suponiéndolo autor de tan majestuosa cuanto inútil inmensidad; inoficiosa porque el universo entonces injustificablemente enamorado de nuestra belleza terrenal, vencida por él mismo con tan espléndidos rivales, circunscribe sus esmeros, como el Argos universal, a ser con sus millones de preciosos ojos el guardián demasiado complaciente con nuestras exigencias; demasiado tolerante con nuestras miserias.

Si lo segundo, y esto es lo muy probable, si no cierto, el universo es la vida de los pobladores universales. Acá, en nuestra exigua vivienda con la existencia y organismo de los seres animales, vegetales y minerales considerados como individuos, como especies y como reinos.

Efímera existencia, confirmada en su historia, o en sus tradiciones con la aparición, y en seguidas, con el exterminio de grandezas transitorias.

Efímeras éstas en el tiempo de las evoluciones, porque ¿no vemos que ya a la aurora de Londres, de París y otras Babilonias modernas, sobre cuyas ruinas con el

Manes, Thezel, Phares de los Danieles contemporáneos, filosofarán los Ciro de la América, ya los soberbios titanes de Roma y de Cartago contemplaban los escombros seculares de Nínive, de Persépolis, de Ilion y del Tabor?

Y hoy al fin del siglo XIX; no podemos abrir las páginas de Homero y leer estas palabras que hace 3.000 años escribió la mano del genio pordiosero. "En unas edades que se pierden en la noche de los tiempos, las deidades del Olimpo descendían a las ruinas de Tebas a celebrar pastoriles banquetes con los inocentes Etiopas." Éstos ignoraban, no ya la fundación, sino hasta las causas de tan desoladoras desventuras.

Y aquellas antigüedades fueron ignoradas también por los profanos comensales de Bartazar. Las tiendas de harapos y humildes cabañas del pastor, ¿no reposaban sobre los marmóreos despojos admirados durante 4.000 años por el absorto peregrino? Y Adama, Semeber, y Ofir con sus áureas ofrendas, sus topacios y esmeraldas ¿no presentaron su mustia desolación a los trenos de aquella extrapopulosa Hecatonfile que una civilización de 100 siglos, acaso superior a la nuestra, elevara a tal altura que por cien puertas lanzaba contra el enemigo un millón de combatientes?

Y éstos habían contemplado no sólo las ruinas de los Babeles y Soratabain de Nemrot sino también la de aquella civilización antediluviana, que según las mismas palabras de las Santas Escrituras, los Jabeles y Jubales aplicando el plectro a la adorada lira, y pulsando la ebúrnea cítara, aplicando los dedos al arpa vibradora, al laúd sonoro y al órgano solemne y conmovedor celebraban con cánticos de loores al insigne Tubalcaín inventor de los más estupendos monumentos de bronce.

Aquel Tubalcaín que encumbró tanto sus progresos que pudo con el influjo de las grandezas de Enoch hacer que las bellas hijas de los hombres arrastraran con sus encantos los hijos de Dios a su última catástrofe.

Y en estas evoluciones cuyas alzas y bajas desmienten la continuidad absoluta de los progresos humanos: en ella, digo, ¿quiénes serán los Volney y los Jeremías de las futuras Jerusalenes que vendrán a contemplar con lágrimas de compasión sobre nuestras ruinas los pasados Olimpos de nuestras glorias y el Pandemónium de nuestros infortunios?

Y siguiendo en la evolución el término hipotético y problemático de la humanidad, o admitiendo la pluralidad de mundos, preguntemos al orador ¿cuál es la vida y condiciones de esos seres?

Allá, la existencia, y ellos... serán como Dios los hizo, y como nosotros nunca llegaremos a saber, porque el hombre es sólo el pobre dueño de lo que tiene, y lo será de lo más que le es dado poseer únicamente, y decir hasta hoy con el Didimo: *Ver y creer*.

Pero hay un hecho patente a la simple vista de la ciencia, y es, que todo el universo marcha en perpetuas transformaciones: puede asegurarse que de un instante a otro todo cambia en esas inmensidades, en el mutismo inexorable, en la impasible indiferencia con que la naturaleza, como el Paladión ante las suplicantes Vestales, se niega sorda a las plegarias del hombre, a la realización de sus ideales extramundanos.

La observación y la experiencia seguidas por una larga serie de siglos han demostrado que tales transformaciones no se realizan al acaso, sino que presentan una serie de armonías encadenadas que se llaman leyes; y esto es lo que constituye la evolución.

En tanto la astronomía moderna deduce de sus adelantos que los universos siderales, como los sistemas solares, proceden de nebulosas en virtud de la gravitación y del movimiento rotatorio, y que cada cuerpo ha surgido en la época precisa determinada por tales leyes.

La geología ha probado que las distintas capas que componen la costra terrestre se han sucedido con regularidad fijada por leyes físicas y químicas, lo cual constituye también la evolución, junto con la biología que ha mostrado las diferentes especies de

animales y vegetales que aparecen sucesivamente sobre la tierra en el orden determinado por la complicación presente de los organismos; y la sociología comprueba que las sociedades humanas pasan de una a otra forma de civilización de acuerdo con leyes ciertas e invariables.

Así, pues, todo en la naturaleza se nos ofrece en un flujo y reflujo perpetuos, y este proceso no es en manera alguna arbitrario, ya que lo vemos desenvolverse en un orden constante y admirable, determinado por leyes permanentes que se sintetizan para nosotros en la ley suprema de la evolución.

La conclusión se impone. Esta síntesis armoniosa de fenómenos es la manifestación de lo que se llama una Voluntad. Luego en el fondo de toda evolución se ve distintamente el poder activo, la oculta, pero radiante sabiduría, el esplendor impenetrable que regó en los espacios el Supremo Artífice del Universo. Luego la doctrina de la evolución lejos de conducir al materialismo o a la pedantesca negación de una Providencia divina, negación de que echan mano algunos Erostratos de la impotencia, nos conduce forzosamente a las creencias consoladoras, y hoy podemos ampliar magníficamente la forma del poeta rey: *Caeli et terra enarrant Gloriam Dei*, diciendo: *integra natura canit Dei infinitam sapientiam*.

Pero si aquella es la evolución de los universos y si los hemos removido, no con la tosca maravilla de la palanca de Arquímedes sino con las mágicas revelaciones de la ciencia moderna que junto con él publica sus Eureka diariamente, entonces invitemos a sus sacerdotes para que remontándose con el pensamiento a las pasadas edades, y evocando en el vacío cenotafio las sombras inmortales de Arquímedes y Lucrecio los inviten a su vez al moderno festín de los nuevos descubrimientos hechos por sus discípulos y aventajados rivales, para que depuradas sus almas de la humana envidia, y reconociendo tanto su propia grandeza como sus errores, aplaudan los adelantos de los que en ellos aprendieron y de ellos se aprovecharon para descubrir otros principios que lejos de contrariar, confirman las verdades sublimes proclamadas en el Gólgota por Cristo.

De mi parte, no pudiendo acompañar más adelante a mi ilustrado nuevo colega, para departir con él en el vasto campo de la sociología quiero, temiendo atrasarme demasiado, no seguir más adelante: quiero detenerme ante el intricado laberinto de nuestras enfermas contradicciones; quiero, no entrar en, sino salir de ese encantado palacio del Atlante confundidor, donde lejos de quedar iluminado me deslumbraría la elocuencia persuasiva de las ajenas creencias, y quiero decirme siempre a solas, tanto entre Cicerón y Lucrecio como entre Aristóteles o el último Abderita: *quis est tan vecors qui cum suspexerit in caelum non sentiat Dum esse*: y oír a Platón cuando nos dice: tus palabras no convendrán nunca a la grandeza de tus ideas ni tus ideas a la grandeza del asunto.

¡Señores! Yo admiro el talento y la ciencia que aplaudo sin poseerlos: abundo en algunas de las ideas del Doctor Villavicencio sin haberlas profundizado como él y líbreme Dios afrontar al que me domina. Si allá en el cielo el contendor de Dios no podía ser una deidad cualquiera sino el monarca de los arcángeles que de ellos había sido el favorito, ¿cómo podrá serlo en la tierra el que ignora del que sabe?

No obstante: *amicus Sócrates, amicus Plato, sed magis amica veritas*: y ésta, si no la sé explicar, la sé entender, como el ciego que no ve, pero siente. Por tanto disimulad, señores, si fuere un desatino de mi pobre inteligencia, y pido un consejo a mis colegas para enmienda de mis errores, si no abundo en gran parte de las ideas del nuevo colega. Creo en primer lugar, y como carácter distintivo de otras muchas creencias históricas, políticas y sociales, que el inmortal Bolívar, el Libertador de Colombia y del Perú, el fundador, en fin, de cinco repúblicas, el que con sus hechos prodigiosos afianzó la independencia del Continente Americano..., Bolívar en fin, está muy por sobre el nivel

de las pasiones individuales: ese grande hombre que de ovejas sumisas al severo pastor hizo un pueblo de leones soberbios que supieron atar a su carro de triunfo los corceles de la victoria. Su nombre quedará grabado con letras tan indelebles en los fastos más brillantes de la historia y en el corazón de los verdaderos patriotas que borrarlo de ellos será tan difícil como arrancar el Sol del firmamento u oscurecer su luz inmortal. Por eso lleno de admiración ante él exclamó el célebre historiador César Cantú: "Feliz el hombre a quien sólo por sospechas se calumnia". Creo un deber de patriotismo y gratitud hacer tal recuerdo desde esta tribuna que debía constantemente resonar con alabanzas al héroe que por esa vena vibradora del entusiasmo debe recibir en tales ocasiones los saludos de simpatías de Venezuela entera.

Disimulad señores, si fuere, repito, un desatino de mi ignorancia, lo que voy a manifestar, y prestadme el apoyo de vuestros consejos para enmienda del error involuntario, ya que si mi opinión está lejos del rayo del pensamiento está, sí, muy cerca de la voz del corazón con el deseo de la buena voluntad.

Creo una sociología más comprensible y verificable aquella que pudiera adelantarse a los siglos venideros, no a pasos sino a saltos, sin que por ello lancemos un irónico desdén a la marcha de la naturaleza, aspirando, diríase, a un anacronismo de la evolución: aquella que sin la espera de su tardía madurez, podemos gozar en toda su beldad aprovechándonos de la juventud de esta patria, puesto que *como mujer naturaleza es más hermosa en la primera infancia*; la que puede hoy profetizar la futura felicidad de los venezolanos, no es esa lenta estela de la evolución, que tendrá su principio, probablemente ya a fines del siglo treinta según las leyes que rigen esos desvíos antropológicos, sino aquella que a voz de comando podríamos alcanzar por sólo la fuerza irresistible de la voluntad; es decir, con la sola presencia de la mejor operación sociológica que es el patriotismo nacional o el verdadero interés propio.

Y eso será el día en que de Venezuela se diga, repitiendo las palabras del célebre orador, feliz la nación que cuenta en cada ciudadano un patriota, y cuando todos juntos en un abrazo de hermanos, del uno al otro extremo defiendan todos y cada uno, como el caballero de la ley, no sólo el honor de su dama sino también el de la Patria, llevando asegurada su gloria y dignidad en su brazo, en su esfuerzo, en su tizona. El día en que, si se empuña la espada del lidiador, sea contra enemigo extranjero, y si el Dios de los Ejércitos nos castiga con desastres, podamos decir como el espartano: Pasajero, ve a decir a Landemonia, que nosotros hemos muerto aquí todos, no sólo para defender la patria sino también para sostener sus leyes.

Réstame dar la bienvenida en nombre de la Academia, al nuevo colega Doctor Villavicencio: sus conocidas dotes son garantía segura de que su ingreso en el Cuerpo ha de ser de utilidad para las labores de éste.

Os doy las gracias, señores, por la bondad que habéis tenido en oírme.